

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA EN EL NIVEL SUPERIOR

AUTORES: Prof. Ana María Sardisco

Prof. Pablo Cerolini

FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES U.N.R.

DOCENTES PROBLEMÁTICA DEL SABER

RESUMEN

Se hace necesario puntualizar algunos ejes que no pueden estar ausentes en un buen debate sobre la realidad de la enseñanza – aprendizaje de esta actividad: en primer término la relación del proceso de enseñanza – aprendizaje de la Filosofía con el texto filosófico; en segundo término la problemática de la elaboración de textos filosóficos en general, y en particular por parte del docente. Por último, y desde ya hace unas décadas, la enseñanza de la Filosofía en el nivel universitario y superior ha devenido un problema. En nuestro caso estamos convencidos que se trata de un problema eminentemente filosófico. No se trata de un planteo didáctico general, ni tampoco de una didáctica específica.

ESCRITO

Al abordar la temática de la enseñanza de la Filosofía en el nivel superior se hace necesario puntualizar algunos ejes que no pueden estar ausentes en un buen debate sobre la realidad de la enseñanza – aprendizaje de esta actividad:

En primer término la relación del proceso de enseñanza – aprendizaje de la Filosofía con el texto filosófico.

En segundo término la problemática de la elaboración de textos filosóficos en general, y en particular por parte del docente.

Por último, y desde ya hace unas décadas la enseñanza de la Filosofía en el nivel universitario y superior ha devenido un problema. En nuestro caso estamos convencidos que se trata de un problema eminentemente filosófico. No se trata de un planteo didáctico general, ni tampoco de una didáctica específica.

Cuando nos proponemos pensar la clase de Filosofía desde un análisis de los materiales textuales utilizados inmediatamente nos percatamos de la gran variedad que es posible encontrar: por un lado podemos llamar “texto de Filosofía” a aquél que asociamos con algún autor “clásico” (por ejemplo le damos este nombre a un escrito

de Kant, Platón o Descartes). Los podemos considerar textos del saber filosófico “institucionalizado”¹ También asociamos al término “texto” todos aquellos materiales que de alguna manera reflejan, consideran, critican, facilitan, transponen didácticamente aquellos otros materiales del primer caso (el texto institucionalizado). Es un material pensado para “enseñar” la Filosofía. Este segundo caso puede ser considerado como texto “didactizado”, pudiendo responder a la autoría de terceros autores o de los propios docentes. En algunos casos el material filosófico proviene de la producción de los propios estudiantes y está relacionado con tareas específicas que los docentes les asignan: elaboración de viñetas, escritura y producción de obras de teatro o cuentos con contenido filosófico, pequeños ensayos, etc.

El material filosófico institucionalizado ofrece cierta seguridad y comodidad en el planteamiento docente y planificación de clases: al provenir de fuentes reconocidamente filosóficas desarma la pregunta sobre la pertinencia filosófica o no del material utilizado. Un texto proveniente de un autor indudablemente reconocido como filósofo transforma irreflexivamente dicho material en filosófico. Tiene la seguridad tranquilizadora de la tradición. La recurrencia a otras posibilidades textuales abre camino a apuestas didácticas menos seguras. Los materiales de producción ensayística de terceros, o docente, docente – estudiantil o directamente estudiantil aparecerían más propensos a alumbrar la dimensión de la crítica: por empezar, como ya indicamos arriba, abren la pregunta sobre la especificidad filosófica de las lecturas propuestas; muestran el pensar filosófico como algo que no pertenece sólo a los grandes maestros del pasado o del presente, sino como obra de seres humanos concretos, inmersos en las implicancias y vicisitudes del vivir, ajenos a la sacralidad que parece investir a los autores más tradicionales e institucionalizados; es una voz concreta, ofrecida a todos para ser compartida, cuestionada, criticada, susceptible de ser modificada mediante el uso de argumentos, siempre abierta a los posibles requerimientos subjetivos de ampliación, explicación, explicitación y clarificación. Muestra su propio carácter *poiético*, indicando que por sobre todas las cosas es producto del trabajo y del pensar humanos, ya sea individual o colectivo. No es ésta una diatriba contra la presencia de los clásicos de la Filosofía en los *currícula*: por el contrario, la presencia de los textos filosóficos institucionalizados es imprescindible para toda experiencia de acercamiento a la Filosofía. Constituyen “fuente”, pero en un sentido que incluye y amplía el sentido usual que le asignamos a la palabra: son matrices filosóficas que en el ejercicio y aprendizaje de esta actividad no podemos

¹ González Briz, I.; Textos filosóficos:¿el ejercicio del filosofar en clase puede encontrar su fuente en el saber filosófico institucionalizado en los textos?. En Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.), *Aprendizajes filosóficos. Sujeto, experiencia e infancia*, Buenos Aires, Noveduc, 2015.

obviar ni desconocer. ¿Cómo pregonar razonablemente la ignorancia de los principales diálogos de Platón? ¿Cómo privar a un estudiante del arduo trabajo de enfrentar y sufrir las *Críticas* kantianas? Estas obras, de las que las citadas son sólo un ejemplo, tienen un poder de generación de conceptos filosóficos de una originalidad y frescura perennes. Convocan al aprendiz de filósofo en forma cotidiana. Se puede descreer del dualismo platónico, pero antes deben escucharse sus argumentaciones y preceptos. Los días de los que tenemos la antigua tarea de enseñar filosofía tienen la compañía de los viejos maestros del pasado, con quienes entablamos diálogos, nos distanciamos, nos diferenciamos, retornamos en búsqueda de ideas poderosas; en síntesis, ya sea desde la distancia o la cercanía, reconociéndoles siempre su palabra fundante. Como decíamos arriba, no es éste un manifiesto contra la presencia de los “clásicos” (problema que ya el propio Borges reconocía en relación con el campo literario; dejaremos para mejor ocasión la puesta en cuestión de este concepto). Pero sí creemos que una propuesta curricular consistente exclusivamente en una colección de textos de filosofía institucionalizados circunscribiría la actividad del filósofo a una tarea de desocultar material fosilizado. La Filosofía, más que la transmisión de un corpus de conceptos que hay que manejar para adquirir la competencia filosófica, puede presentarse a sí misma como siempre precedida por el gesto del filosofar. Se hace necesario debatir la relación entre la transmisión de información filosófica y la interiorización subjetiva del gesto filosófico. Aprender a filosofar tiene mucho que ver con la asunción de un “gesto” que incluye la precedencia del acto del preguntar por sobre las respuestas fáciles e inmediatas, usuales en la época de urgencias irreflexivas.

La presencia de material “didactizado” tiene, entre otros, el efecto subjetivo de acercarnos al acto del filosofar como algo que es producto de la discusión abierta entre sujetos libres, que retoman y resignifican la antigua tarea del filosofar, actualizándola. La acercan a los nuevos problemas y desafíos de la vida contemporánea. Es una invitación a la posibilidad de reinaugurar en forma siempre renovada el acto de la escritura filosófica. El campo de la Filosofía queda de esta manera visualizado como un terreno fecundo y abierto para que las nuevas generaciones de filósofos teoricen, formulen hipótesis, críticas, elaboren materiales originales (quizás asociados a las nuevas tecnologías), etc.

Palabras aparte merecen, dentro de las tareas de la escritura filosófica, las producciones de los propios docentes. Los profesores tenemos que animarnos a la tarea de la producción filosófica. Tenemos que superar el miedo reverencial que a veces profesamos frente a el peso de una actividad tan antigua y prolífica. Se hace necesario hacer conocer, a nuestros estudiantes y a quien quiera anoticiarse, nuestras

propias derivas filosóficas. El gesto de tomar la palabra escrita duplica y amplía un gesto más conocido y al que estamos más acostumbrados: la toma de la palabra filosófica y las condiciones de su circulación áulica. Un o una docente que toma la palabra escrita realiza una invitación silenciosa al público de lectores (reminiscencia de un viejo gesto kantiano) a involucrarse en su lectura e idear e hipotetizar una respuesta: pone en marcha el mecanismo del filosofar.

Los temores docentes son fundados: la palabra escrita tiene la profunda materialidad de la que carecen nuestras voces, destinadas a circular con una temporalidad áulica limitada (visión pesimista del alcance y profusión de la voces docentes). Esta persistencia temporal de los escritos incrementan nuestros miedos, pero otorgan la paradójica ventaja de su casi ilimitada disponibilidad futura. Para bien o para mal, están allí disponibles para quien los quiera consultar hasta el final de los días. Sería necesario desasociar la tarea de la escritura filosófica con una labor solitaria, de "laboratorio": vieja imagen del sabio solitario en su morada desde la cuál da a luz a los saberes. Es posible pensar la producción filosófica como una tarea eminentemente dialógica y social. Una verdadera actividad de co-escritura. La elaboración de texto filosófico por parte de los docentes involucra en forma necesaria al estudiantado, en al menos dos sentidos: en primer término como destinatario principal del acto de escritura filosófica. Los y las estudiantes están siempre sentados a nuestra mesa de trabajo, nos interpelan desde su alteridad. Cuando escribimos los tenemos siempre presentes.

Pero la posibilidad de la co-escritura alude aún más que a un uso puramente metafórico de la imagen: podemos co-escribir con nuestras y nuestros estudiantes. Podemos responder a esa apelación que nos dirigen con la respuesta auténticamente filosófica de la co-escritura. Este trabajo, en este sentido, es también resultado de una compleja trama de acuerdos y desacuerdos filosóficos y vitales. Es una verdadera escritura a dos manos, en el que aflora toda la complejidad del co-escribir. Supone el desafío de acordar hasta el cansancio los detalles con el Otro. Implica que el Otro se nos imponga desde el misterio subjetivo de su alteridad, en la complejidad del par confraternidad – conocimiento/ rivalidad – incalculabilidad. Amistad, en síntesis.

Por otra parte, la co-escritura es una vieja tradición del género filosófico: el bello e influyente *Manifiesto* le debe su existencia (pese a la sospecha de que se trate en realidad de una mano y dos firmas) ; también el más cercano e igualmente afortunado *¿Qué es la filosofía?*. Obra de amigos. Pero de amigos de verdad, amigos de la Sabiduría: *Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la sabiduría.*

En relación con la tercera temática propuesta, nos interesan los diversos interrogantes que se suscitan alrededor de la enseñanza de la filosofía. Por eso

intentaremos abordar la articulación, encuentro y desencuentro entre la didáctica y la filosofía, pero de un modo peculiar. Creemos que hay que abordar filosóficamente las cuestiones sobre la enseñanza de la filosofía ya que... *“Responder filosóficamente a la pregunta ¿qué es enseñar filosofía? supone una caracterización, implícita o explícita, de la filosofía, ya que esa filosofía va a estar involucrada tanto en el modo de responder como en el objeto de la pregunta (en tanto se inquiera sobre enseñar, justamente, filosofía)”* ²

El sustento de toda enseñanza de la filosofía es básicamente filosófico, más que didáctico o pedagógico. Por eso proponemos dar cabida a didácticas filosóficas, plurales, diversas, contextualizadas, como dispositivos para “despedagogizar” la enseñanza del filosofar y devolverla al campo filosófico pero de modo renovado.

La didáctica filosófica es un constructo teórico/práctico que necesitamos precisar. En primer lugar afirmamos que está en proceso de construcción pero no circunstancialmente y hasta tanto configure y delimite un cuerpo normativo sino que, su estado procesual es su modo particular de presentarse, reticente a que acudan a ella como a un “recetario” de procedimientos a seguir, o como “recetas normatizadas” a las que los profesores de filosofía echaríamos mano para enseñar filosofía, sino que más bien nos invita a no ser meros espectadores y participar de sus posibles “hechuras”.

Y aquí el segundo rasgo, son modos “plurales”, no se trata de una didáctica filosófica sino de didácticas filosóficas, múltiples, diversas. Didácticas filosóficas heterogéneas, de acuerdo a los distintos niveles y modalidades de la enseñanza formal, de acuerdo a la diversidad de diseños curriculares que marcan el aquí y ahora de cada encuentro áulico. Y también didácticas filosóficas en tanto abreven o se fundamentan en distintos modos de concebir a la filosofía.

Nos parece oportuno mostrar algunos rasgos de las didácticas filosóficas posibles para enseñar filosofía en la universidad, pero no como datos esenciales y fijos, sino como descriptores que pueden modificarse en el curso del proceso de construcción de dichas didácticas, a modo de montaje que puede volver a rearmarse en vistas a circunstancias educativas diversas. No será lo mismo enseñar filosofía en carreras universitarias específicas como profesorado en filosofía o licenciatura en filosofía, que en carreras universitarias no específicas (psicología, derecho, letras, antropología, arte, etc).

² Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.). *Didácticas de la filosofía. Entre enseñar y aprender a filosofar*. Buenos Aires. Noveduc, 2015, pag. 19.

A continuación presentamos tres rasgos como trazos a profundizar, modificar o resignificar de posibles didácticas filosóficas: del filosofar en el encuentro con textos fuentes, del filosofar como co-filosofar y del filosofar como gesto ético-político.

El primer rasgo ya fue planteado al inicio del trabajo como uno de los aspectos claves para dilucidar los modos de la enseñanza filosófica.

El segundo rasgo abre la dimensión de la intersubjetividad referida a los vínculos entre alumno-alumno y docente-alumno. La posibilidad de dialectizar y problematizar situaciones entre todos a partir del trabajo en grupos, da lugar a un aprendizaje cooperativo y rico, filosofar como co-filosofar.

La insatisfacción estructural del sujeto es la que lo lleva a éste a buscar respuestas propias que lo contengan. Necesita identificarse con los saberes y apoderarse de ellos. En esa búsqueda hacia la completud hace suyos los espacios, los circulantes culturales, la sociedad. Y es, precisamente, ese espacio, ese intersticio, el que debe ser ocupado por el profesor de filosofía, creando una zona de tensión permanente, dialéctica, oscilante, que permita el cuestionamiento y la pregunta, a partir de la transferencia, sin la cual está obturada, de antemano, la posibilidad de aprender.

Son estos paradigmas, desde los que nos posicionamos, los que permitirán atravesar el cerrado marco de los contenidos para incluir a los sujetos y sus contradicciones, para permitir religar la realidad escindida en parcelas de saber, para incluir la incertidumbre, ligada al asombro y al interés por develar lo oculto y para cuestionar, permanentemente, los supuestos mismos de las dudosas certezas. Al pensar con otro la racionalidad despliega su máxima capacidad dialógica, el co-filosofar es actividad comprometida y peligrosa, Steiner nos advierte sobre ello cuando expresa que

Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano. Es buscar acceso a la carne viva, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción que, conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivas. Arrancan de raíz la esperanza.³

³ Steiner, G.; *Lecciones de los maestros*. Madrid. Siruela, 2011, pag. 26.

BIBLIOGRAFÍA

Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.). *Didácticas de la filosofía. Entre enseñar y aprender a filosofar*. Buenos Aires. Noveduc, 2015.

Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.). *Aprendizajes filosóficos. Sujeto, experiencia e infancia*. Buenos Aires. Noveduc, 2015.

Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.). *La enseñanza filosófica. Cuestiones de política, género y educación*. Buenos Aires. Noveduc, 2015.

González Briz, I.; Textos filosóficos: ¿el ejercicio del filosofar en clase puede encontrar su fuente en el saber filosófico institucionalizado en los textos?. En Cerletti, A. y Couló, A. (orgs.), *Aprendizajes filosóficos. Sujeto, experiencia e infancia*, Buenos Aires, Noveduc, 2015.

Steiner, G.; *Lecciones de los maestros*. Madrid. Siruela, 2011.